

DONATIVO
MUSEO NACIONAL
DE MADRID
TOMO

Instantáneas.

LA VIDA ILUSTRADA



EL CARNAVAL

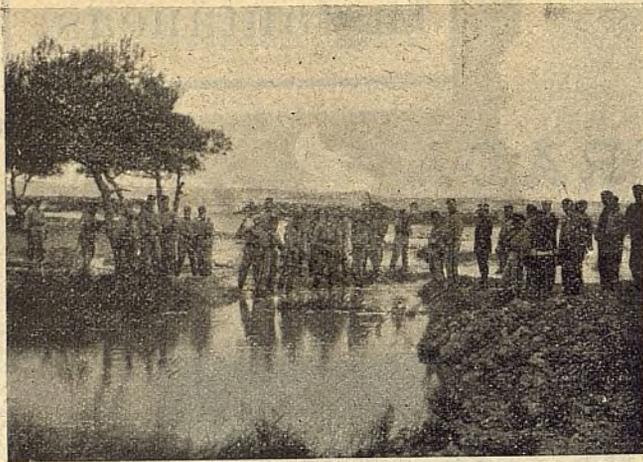
Dibujo c e Gorin y Salvi.

Año IV.—Número 124.—Viernes 15 de Febrero de 1901.

20 céntimos en España.

Número 124.—Viernes 22 de Febrero.

Asuntamento de Madrid



CASTELLÓN—Bomberos abriendo zanjas en el Pinar.
Inst. de Colón.

CANTARES

Por sendas de desengaños
vi caminar al amor,
hacia un palacio de penas
donde reinaba el dolor.

Por allí va presumiendo
porque va del brazo de otro,
y tal vez lllore mañana
de rabia por ese gozo.

¿No sabes lo que es querer?
Pues un continuo fingir,
que nace con el placer
y muere con el sufrir.

En la cuna de la dicha
se mecía nuestro amor,
movido por la alegría,
dormido por la ilusión.

Yo la lloro, madre mía,
y me dice desde el cielo
que la quiera y no la lllore,
y aunque la lloro la quiero.

Gustavo García Parra.

PRIMAVERAL

I

¿Quién da aromas á las flores?
¿Quién le da sus bellas tintas?
Es la joven Primavera;
la que puso en tus pupilas
la humedad de los nenúfares
y el verdor de las campiñas.

Los claveles son las gotas
de la purpurina sangre
que vierte el sol cuando muere
sobre el ara de la tarde.
Las rosas son los jirones
de los sutiles encajes
con que la Reina de oriente
exorna su ideal ropaje.
Y tus labios son claveles
purpurinos y embriagantes,
y tus mejillas son rosas
de tintes vagos y suaves.

II

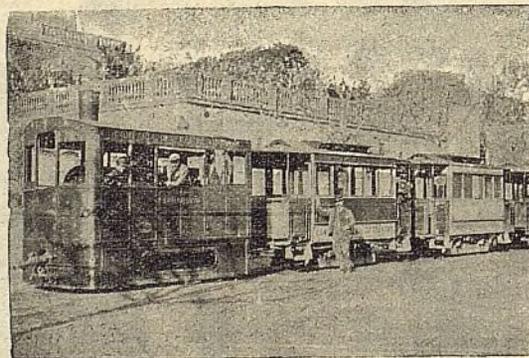
Los jazmines son las lágrimas
que la luna macilenta
en las noches invernales
derrama sobre la tierra.
Las azucenas son prófugas
almas de algunas estrellas
con que el amor simboliza
su pasión y su pureza.
Y tu suave aliento tiene
de los jazmines la esencia,
y tu frente casta emula
un pétalo de azucena.

Los azahares son el llorro
de los cirios que flamean
sobre el altar do el ereyent
tributa á Dios sus ofrendas.
Y tu alma pura, aulcísima
de los azahares ostenta
la eucarística blancura
y la inviolable pureza.

Flores que cerré el invierno,
abrid las corolas tiernas;
que os manda para vosotras
un beso la Primavera.

Horacio Manótas P.
Colombiano.

Barranquilla (Colombia) 1901.



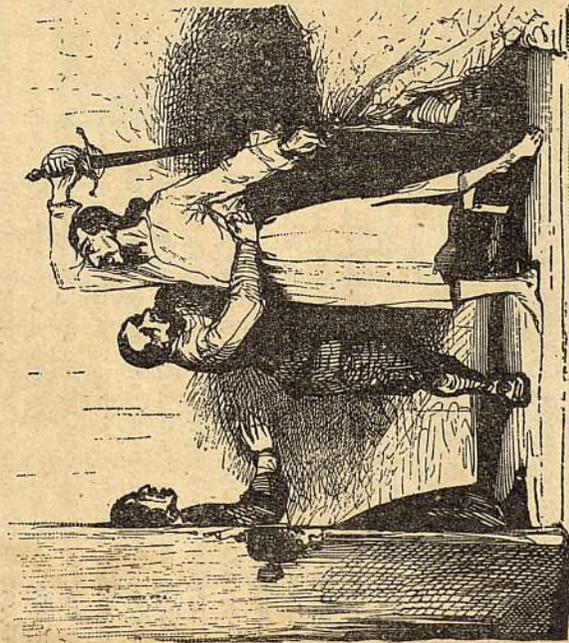
Tranvía á vapor de Barcelona á Sarriá.



A la salida de misa en la aldea (Coraña).
Inst. del Sr. Quiroga Losada.

por entonces para el mal de su amigo, fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase: quizá quitando la causa cesaría el efecto, y que dijese que un encantador se los había llevado, y el aposento y todo, y así fué hecho con mucha presteza.

De allí á dos días se levantó Don Quijote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le había dejado, andaba de una en otra parte buscándole: llegaba adonde solía tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvía y revolvió los ojos por todo



Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho... (pág. 35).

sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza, preguntó á su ama, que hacia que parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que había de responder, le dijo: ¿qué aposento ó que nada busca vuestra merced? ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo. No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador, que vino sobre una nube una noche despues del día que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe, en que venía caballero, entró en el aposento, y no sé lo que hizo dentro,

género han salido á la luz del mundo, y el que no le ha leído, puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto: dádmele acá, compadre, que precio mas haberle hallado, que si me dieran una sotana de raja de



Y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo (pág. 30).

Florencia: púsole aparte con grandísimo gusto. Y el barbero prosiguió diciendo: estos que se siguen son: *El pastor de Iberia*, *Ninfas de Hena-*
res, y *Desengaños de Célos*. Pues no hay más que hacer dijo el cura, sino,

entregarlo al brazo seglar del ama, y no se preguntó el por qué, que sería nunca acabar. Este que viene es: *El pastor de Filida*. No es ese pastor, dijo el cura, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa. Este grande, que aquí viene, se intituló dijo el barbero: *Tesoro de varias poesías*. Como ellas no fueron tantas, dijo el cura, fueran más estimadas; menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene: guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito. Este es, siguió el barbero: el *Cancionero* de López Maldonado. También el autor de ese libro, replicó el cura, es grande amigo mío, y sus versos en su boca admiran á quien los oye; y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta: algo largo es en las églogas: pero nunca lo bueno fué mucho: guárdese con los escogidos. ¿Pero qué libro es ese que está junto á él? *La Galatea* de Miguel de Cervantes, dijo el barbero. Muchos años há que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos: su libro tiene algo de buena invención, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la emienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre. Que me place, respondió el barbero; y aquí vienen tres, todos juntos: *La Aurucana* de don Alonso de Ercilla. *La Austriada* de Juan Rufo, jurado de Córdoba: y el *Monserivate* de Cristóbal de Virués, poeta valenciano. Todos estos tres libros dijo el cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia: guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España. Cansóse el cura de ver más libros, y así, á carga cerrada, quiso que todos los demás se quemasen. Pero ya tenía abierto el barbero uno que se llamaba: *Las lágrimas de Angélica*: Llorárlas yo, dijo, el cura, en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los más famosos poetas del mundo, no sólo en España, y fué felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.

CAPÍTULO VII

De la segunda salida de nuestro buen caballero D. Quijote de la Mancha.

Estando en esto, comenzó á dar voces Don Quijote, diciendo: aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir á este ruido y estruendo no se pasó adelante con el escrito: uno de los demás libros que quedaban; y así se cree que fueron al fuego sin ser vistos ni oídos: *La Carolea* y *León de España*: con los *Hechos del Emperador*, compuestos por Don Luis de Avila, que sin duda debían de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera no pasaran por tan rígorosa sentencia. Cuando llegaron á Don Quijote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguía en sus voces y en sus desatinos dando cuchilladas y revases á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho, y después que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el cura, le dijo: por cierto, señor arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dejar tan sin más ni más llevar la victoria deste torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres días antecedentes. Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el cura, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde se gane mañana, y atienda vuestra merced á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasiado cansado, si ya no es que está mal ferido. Ferido no, dijo Don Quijote, pero molido y quebrantado no hay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldán me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaría yo Reynaldos de Montalbán, si en levantándome deste lecho, no me lo pagare á pesar de todos sus encantamientos, y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que más me hará al caso, y quedése lo de vengarme á mi cargo. Hicieronlo así, diciéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura, aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder, que merecían guardarse en perpetuos arroyos; más no lo permitió su suerte y la pereza del escudriñador. Y así se cumplió el refrán en ellos de que: pagan á las veces justos por pecadores. Uno de los remedios, que el cura y el barbero dieron

INSTANTÁNEAS

LA VIDA ILUSTRADA

DIRECTOR:

MANUEL SALVI



REDACCIÓN

OFICINAS

CLAVEL, NÚM. 1

MADRID

Pasó el Carnaval.—El arte de hacer el oso.—Lo que pasa y lo que queda.

¡Cuánto nos hemos divertido!

El marqués de Tenerife en su último *orden y mando* nos lo dijo: «madrileños, debéis regocijaros», y nos regocijamos todos.

Yo salí de mi casa loco de contento, dispuesto á gozar de todos los placeres carnavalescos, cumpliendo así las prescripciones del referido *orden y mando*, para lo cual recorrí las calles, penetré en el Retiro, me aburrí en los bailes, me colé en los cafés y en todos estos puntos pude apreciar la inmensa alegría que inundaba el espíritu de los madrileños.

Carnaval más animado
no lo ha habido ni lo habrá.

* * *

Es el caso que á la puerta de un centro instructivo del obrero (vulgo taberna) tropecé con una máscara madrileña pura, madrileña neta, madrileña de la cabeza á los pies: era el eterno oso de todos los carnavales.

Iba elegantemente ataviado con unos felpudos viejos y su careta, remedo acaso de la cabeza de un antediluviano, le daba un aspecto hasta cierto punto repugnante.

A su lado un bárbaro con la cara tiznada de hollín, golpeaba con entusiasmo un enorme pandero, gritando con voz aguardenosa: «Este es el oso del madroño, la bestia que baila siempre al són que la tocan, el animal que tan pronto se alegra como se entristece, el bicho desconocido en los países civilizados, del cual hacen los domadores lo que les da la gana. Pum, pum, garrotazo y tente tieso.»

Y la máscara bailaba y el bárbaro golpeaba el pandero y de cuando en cuando á la máscara.

Quise celebrar una *interview* con el oso, y previas unas copas en aquel centro instructivo del obrero, vulgo etc., me dijo lo que verá el curioso lector, si tiene la paciencia de leerlo.

—Yo, señor, me llamo Fulano de Tal, nací en la muy heroica villa de Madrid y fui criado con leche de cabras, porque mi pobre madre tenía muy mala leche. En la escuela, mi maestro, que era un sabio, me golpeaba con frecuencia, diciéndome á cada golpe: «La letra con sangre entra» y así aprendí todas las del alfabeto, advirtiéndome á usted que como los golpes eran tan grandes todas las letras me parecían mayúsculas, por cuya razón hoy no sé leer sino las muestras de las tiendas.

Pero en cambio me enseñaron otras cosas muy bonitas y de muchísimo provecho, por ejemplo, un himno que empezaba:

*El que quiera ser soldado
un fusil ha de empuñar
y estar siempre preparado
por la patria, por la patria
á pelear.*

Yo no estaba preparado á pelear por la patria, ni ese era el camino; pero los señores de la Diputación se empeñaron en que yo había de ser un valiente, y quieras ó no quieras

me obligaron á empuñar el fusil y en el cuartel me destinaron á caballería. Ese era mi destino.

Si en la escuela me zurraron la badana, en el cuartel me zumbaron la pandereta. Para mí, señor, todos los Cabos eran de vara. Tal me pusieron, que el *Físico* tuvo que reconocerme, y al reconocerme el físico notó con sorpresa que me habían suprimido la rabadilla, y es que en ese sitio me daban los sargentos cada metido...

A pesar de mi imperfección me llevaron á Cuba, me batí en *Guasaviva* y en otros puntos de la isla. y en la última acción que tomé parte me porté como un héroe. Maté una docena de insurrectos y no maté más porque empezaron á correr... detrás de mí... Por esta acción brillante le dieron á mi Coronel la Cruz laureada y á mí me dieron la licencia absoluta para que no *hiciera más el oso*, pues estaba visto que yo servía para el caso.

En Madrid no quisieron pagarme los alcances, pero en cambio me robaron los pecos ahorros que traía.

Mi traje de rayadillo era un estigma y hasta la prensa me resultó llamándome vago, porque cansado de reclamar lo que era mío, tuve que implorar algo de lo ajeno en nombre de una caridad, que por lo visto para mí no existe.

Por fin encontré quien me proporcionara trabajo, y hoy gano mi sustento cargando bultos en una estación. Por algo en el cuartel me destinaron á caballería.

Cumplo ton todos los deberes del perfecto ciudadano: voto por quien me mandan, respeto como el que más todos los poderes constituidos, llamo demagogos á los que discuten las sapientísimas decisiones de nuestros gobernantes, creo en la eficacia de las Cortes y en la infalibilidad de las autoridades y de sus agentes, hasta en la de los

guardias de orden público. A pesar de mi buena conducta, honradez y circunspección, cuando tocan á repartir leña me llevo yo la mejor parte; buena prueba de ello son estos dos chichones que tengo en la cabeza, los cuales me los causó un señor de los del orden con su tajante sable, puntal y sostén de los gobiernos paternales y bien constituidos.

Por todo lo dicho deseo que lleguen estos alegres días de carnestolendas, porque en ellos puedo lucir el traje que mejor cuadra á mis condiciones de oso amaestrado y presentarme ante la sociedad *haciendo el oso* por completo, en cuya tarea me ayuda este amigo mío que me quiere muchísimo y que me da de palos.

Violines, flautas y panderetas distrajeron mi atención de la sabrosa plática de la máscara y me indujeron á salir á la calle. Era una estudiantina. Gente joven, alegre y bulliciosa que al compás de una marcha, y en pos de una bandera, caminaba de prisa. Aquello era una ráfaga de alegría, de frescura, de esperanza. Era lo porvenir... Lo presente estaba allí, á mi lado, con sus felpudos viejos, con su careta de animal antediluviano, bailando, rugiendo y recibiendo golpes del hombre del pandero y de la cara tiznada.—*R. Curros Gápua.*

EL AUTOR DE «ELECTRA»



Pérez Galdós, eminente novelista español.

Carnestolendas.

¡*Todo el año es carnaval!*—ha dicho *Figaro*, y no sin fundamento. Así, pues, cuando al llegar esta parte del año—la más alegre, sin duda alguna,—contemplo la regocijada expresión de todos los semblantes y la inusitada animación que reina en este Madrid, no puedo dejar de sorprenderme. ¿A qué esa alegría inexplicable? ¿Para qué ese regocijo anormal? Es esta una cuestión que en verdad me obliga á reflexionar, porque me hunde en un abismo de cavilaciones—ridículas hasta cierto punto—y á las cuales no encuentro ninguna explicación que me satisfaga cumplidamente. No necesito decir aquí lo que muchos han repetido ya, pensando en las miserias que se arrastran por el mundo y que tan altas suben, como el caracol de la fábula. Sabido es que la hipocresía es el disfraz con que se encubren las ruindades del alma, el cual nunca desaparece de los rostros porque produce resultados muy prácticos en la inacabable carnavalesca de la vida. Hoy son contadas las personas que llevan la cara descubierta y obedecen los mandatos de su conciencia, aunque mal hacen, porque el que así se porta en este siglo de los adelantos y del progreso suele morir de hambre, humillado y criticado por toda la sociedad. Hay que fingir para comer; hay que adular para vivir, porque con la nobleza en el alma y la verdad en los labios no se consigue otra cosa que el calificativo de *neocio* ó *iluso*. Por eso, todos los que reconocen la exactitud de las anteriores palabras, cogen el antifaz de la lisonja, se unen á los demás farsantes, engrosando la inmensa mascarada que pulula por el mundo, y se acercan á los conocidos y les hablan; pero no falsean la voz ni les sacan á relucir tales ó cuales defectos, sino que alaban y enaltecen sus bellas cualidades, citándoles como modelo de caballerosidad y honradez, aunque ignoran que desempeñando semejante comedia no hacen otra cosa que engañarse unos á otros. Y esto no es de ahora, como tampoco el Carnaval es una moderna innovación introducida por una pléyade de libertinos ávidos de goces y divertimientos: que en el mundo desde que fué mundo existió la hipocresía y es una diosa de irresistibles encantos, en cuyo honor se quema el incienso de la lisonja y la mirra de la mentira.

Después de todo, ¿qué es el Carnaval moderno? Una diversión como todas y una estúpida fiesta para aquellos que, vestidos con percalinas ó rasos de más ó menos colorines, y

encubiertos con un pedazo de cartón pintado, se acercan á los amigos y les *cantan las verdades*, como dice el vulgo. De modo que cuando tenemos que decir al prójimo: «Eres tal ó cual cosa, reúnes éstas ó las otras cualidades, tienes buenos sentimientos ó ruines perversidades, etc., etc.»; cuando, en fin, vamos á decirle lo que es, sin trabas en la lengua, entonces, ¡necedad humana!, entonces fingimos la voz, nos vestimos ridículamente, y hasta nos cubrimos el rostro para que no nos reconozcan... ¿Y no es estúpido todo esto? ¿De modo que como solapados cobardes no nos atrevemos á hacer semejantes confesiones más que cuando tenemos el convencimiento de que no vamos á ser reconocidos; cuando los trajes chillones y las voces de falsete desempeñan á las mil maravillas su papel, *dorando la pildora* para que sea tragada con más comodidad.

Y concluye el Carnaval de *Febrero* y llega el otro de la *Vida*, y entonces, sin careta, sin traje de abigarrados colores, sin voz atiplada, no nos atrevemos á decir lo que dijimos antes con tanto desenfado. ¿Por qué? Que se lo explique quien guste, que yo no he dado aún con el *quid* de este problema insoluble.

A muchos y muy tristes comentarios se presta este asunto; pero no he de ser yo quien los formule, porque carezco de condiciones y de autoridad para ello. El Carnaval de nuestros días no es, después de todo, más que una diversión inocente, una exposición de hermosuras físicas que apenas dejan adivinar los antifaces, y un rato de placer para el que puede gastarse el dinero en proporcionárselo.

Pero olvidemos tales filosofías y no pensemos—en estos días por lo menos—más que en el jolgorio y en el bullicio que tanto nos alegra. Ya habrá después tiempo bastante para llorar y llorar mucho.

Tiremos serpentinas, arrojemos *confetti* y maneje los plumeros de papel, porque aun cuando no sea en Carnaval, ¡cuántos ruines hay que lanzan en hogares ó reuniones la *serpentina* de la murmuración, entre cuyas revueltas se enreda una honra, y cuántos vividores hay también que espolvorean con cierta gracia y picardía el *confetti* de la adulación que tanto agrada!... El *plumero* de la verdad quiere sacudir aquellos papelititos, pero es inútil: se han enredado muy bien...

Y el plumero se rompe y el que le maneja se cansa, convencido de lo infructuosos que resultan sus nobles propósitos.

Desengañémonos. ¡*Todo el año es Carnaval!*

Emiliano Ramírez.



La Emperatriz Victoria de Inglaterra y toda su familia.

Cantares.

Tanto la llegué á querer,
que al pensar que me ha olvidado,
lágrimas á mí me faltan
para olvidar lo pasado.

Me preguntas que cuál es
la causa de mi tristeza:
es el recuerdo que tengo
de unas ilusiones muertas.

Con la guitarra en la mano,
mi corazón en las cuerdas,
¡aunque no la ven mis ojos
mi pensamiento está en ella!

De tu infame proceder
ya sé que te enorgulleces;
pronto ha de llegar un día
que tu conducta te pese.

En este mundo la duda
es un horrible tormento,
de ti dudo, y por lo mismo
no te olvido ni un momento.

Enrique Arbós y Orbe.

La indumentaria artística.

A principios del siglo xx, es esta una cuestión que no deja de ofrecer algún interés, siquiera sea el interés que se siente por desenmascarar lo ridículo, echarlo a un lado y evitar para siempre su bochornosa influencia.

Por eso se impone el acabar de una vez con esas modernas preocupaciones que, no sólo van invadiendo al elemento enfermo, sino también al sano.

Antes, según no cuentan personas respetables, los jóvenes que sentían en sí la vocación del arte, luchaban por su culto, y cada uno se erigía en campeón de su ideal, y rindiéndole ferviente admiración, luchaba siempre venciendo dificultades y perfeccionándose siempre. Sus medios eran su entusiasmo y su fe... nada les faltaba...

Hoy, el único medio de ser artista es comprarse un sombrero frégoli, partirse el peinado (¡los que se peinan!) con una raya en medio, llevar siempre dos ó tres libros, sus admiraciones, debajo del brazo... nada más que debajo del brazo (!)... sentir la monomanía del suicidio, porque aunque Camoamor y tantos otros pasaron de sesenta años, todos los poetas mueren jóvenes; sonreír con sonrisa amarga, sonrisa de duda, ¡el poeta duda!... Etcétera, etc., etc., simplifico y compendio una porción de observaciones.

Porque las preocupaciones enumeradas son, después de todo, inocentes, completamente inocentes, hijas de cerebros desalquilados, que creen engañar á los demás con el ridículo artificio de sus extravagantes apariencias. Seres débiles para la lucha, impotentes para vencer, que pretenden conjurar todo lo externo, lo vulgar, porque no les legó la Naturaleza otra facultad que la imitación. Monos disfrazados, que al final de su estéril jornada, de despecho se muerden las uñas.

En lo que á tal ó cual joven le oía decir, como poseionado de sus ideas, que no se limpiaba las botas ó se mudaba de camisa porque no le dejaba tiempo para ello el cultivo de su espíritu; en lo que vi correr una bohemia (?) miserable á algunos otros sobrados de dinero; en lo que vi vibrar á tantos, sin saber por qué vibraban, no pensé que este mal tuviese alguna importancia.

Pero cuando veo desertar de nuestras filas, de las filas más desconocidas y más trabajadoras, no de la nueva, sino de la *novísima* generación á los amigos de ayer, ayer fuertes, hoy agotados por el esfuerzo de su propio error; cuando les veo seducidos por un ideal falso y extraño, cuando les veo parodiar vilmente los atributos ó facultades de los grandes... mi ánimo se apena, pienso un momento, y pisoteando los más íntimos afectos de mi alma, veo que son despreciables... ¿Cuál es vuestro ideal?... ¿Cuál vuestro rumbo?

Sabed de una vez que, si queréis conseguir la identificación con *los grandes* equivocáis el camino. Desnudaros, pues, esos falsos ropajes que á vosotros sólo os engañan, y que os hacen caer en el miserable ridículo que os envuelve; no evocéis el género de vida y las costumbres de *los genios*, hijas sólo del hábito; vivid con vuestra época, y empezad por entender á vuestros contemporáneos...; no simuléis un desprecio que amenaza caer sobre vosotros mismos; no os alejéis



D. Ramón de Campoamor.

J. Bueno, retrato



Cartel del baile del Circolo de Bellas Artes, pintado por Francés.

Inst. de J. Bueno, fot.º

de nosotros en brazos de lo absurdo... Esto, á los que habéis desertado de nuestras filas, vosotros los oscuros, los nuestros... que los otros «los jefes del movimiento» ya les ves dibujar en sus labios exangües una sonrisa de desdén, ó desde luego adivino la respuesta que nos darían, si *humildemente* y como arrepentidos de lo dicho, les preguntamos:

—¿A dónde váis?...

—¡Nosotros!...—contestarían,—para qué hemos de decíroslo, que no comprenderíais; ¡muy lejos!...

A cualquier cosa se llama artista.

José González Matallana.

Carnavalina.

Anoche fuiste al baile disfrazada,
con la cara tapada;
yo, sin disfraz, y, al verme,
mostraste gran empeño en conocerme;
te dije muchas cosas:

las que suelen decirse á las hermosas;
tú, con amables frases, respondías
á mis galanterías

y me jurabas un amor ferviente,
creyéndome, sin duda, un inocente.
Charlamos mucho, cuanto tú quisiste,
y no me conociste

aunque llevé la cara al descubierto:
de que ignoras quién soy, estoy muy cierto,
como estoy convencido

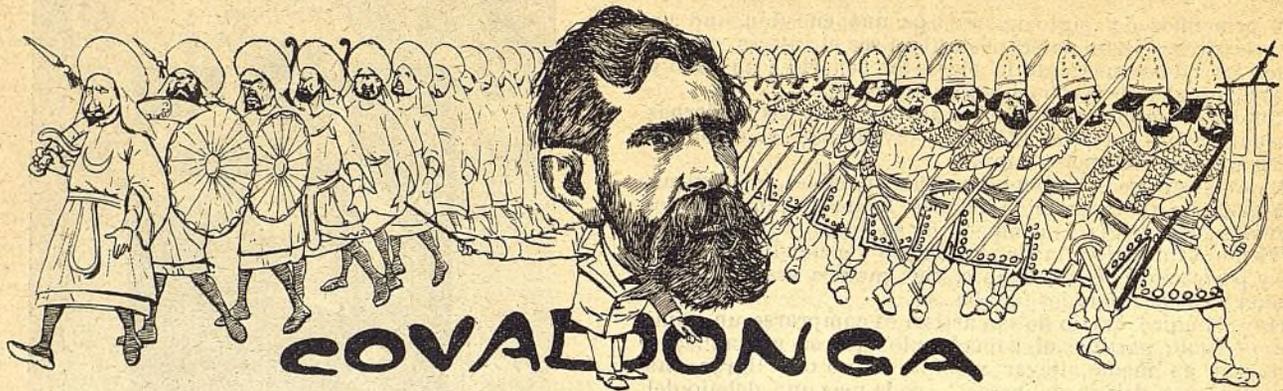
de que sabes que yo te he conocido...

No te parezca extraño
haber sufrido anoche un desengaño,
que también se equivocan las mujeres.

¡Tú no sabes quién soy, mas sé quién eres!...

F. Gil Asensio.

TEATRO DE PARISH



Zarzuela en tres actos y diez cuadros, original de D. Marcos Zapata y D. Eusebio Sierra, música del maestro Bretón.

ACTO SEGUNDO

ESCENA V

ZARA, Srta. Domingo; EMERIS, Sr. Gamero.

HABLADO

ZARA. *(Como hablando con Munuza.)*
¡Tener un rival te inquieta!
Pues sí, tienes un rival...
¡Mas ve que es de indole tal,
que ante él se inclina el Profeta!
(Emeris aparece por la izquierda.)
¡Emeris! *(Sorprendida.)*

EMERIS. ¡Dicha completa!
Tranquilízate... He llegado
hasta aquí sin ser notado.

ZARA. ¿Sabes que Munuza?...

EMERIS. Sí.
¿Como que estaba yo allí
de su defensa al cuidado!

ZARA. ¿Tú? *(Queda como absorta.)*

EMERIS. ¿Lo dudas? Yo no miento.
¡Y puede hoy, Munuza, holgar
de haber logrado escapar
sin un terrible escarmiento.
¿Quién de Zara el sentimiento
no ve claro? Su pasión,
su delicada atención
por mí, ¿qué ciego no advierte?
¡Munuza, envidia mi suerte!
¡Le robé su corazón!

ZARA. ¿Emeris!

EMERIS. ¿Qué, bella Zara?

ZARA. Pensando corresponder
á tu amable proceder...

EMERIS. ¡Justo Dios!... Se me declara.)

ZARA. Voy de mi conducta rara
á revelarte el arcano,
pues no es tan corriente y llano
ver de encontrar una mora
cual yo, que sea traidora
al pueblo mahometano.

EMERIS. No hay traición, Zara hechicera,
no hay ya más que un paraíso,
desde el punto que amor quiso
prender en tu alma una hoguera.
Si es tu pasión verdadera,
si además con el objeto
de enternecer al sujeto
brillan algudos zefufes...
¡entonces huf, entre huries;
va á ser el triunfo completo!

ZARA. ¿Me amas tú?

EMERIS. ¡Sí, te amo!... ¡Elige
pronto entre cristiano y moro!
¡Más que Munuza te adoro!

ZARA. ¿Es formal?

EMERIS. Como lo dije.

ZARA. Emeris, cuánto me aflige
tener que desengañarte.

EMERIS. ¿Me equivoqué! ¡Voto á Marte,
que lo escucho y no lo creo.

ZARA. Convencerte es mi deseo.

Voy una historia á contarte. *(Pausa.)*

Nueve años hace, mi vida
por aquel tiempo frisaba
en sus doce, y ya pugnaba
en la esclavitud sumida.
Aunque de nobles nacida
pasé á extraño poderío,
y éste en su cálculo frío,
buscando sólo el provecho,
me hizo cruzar el Estrecho,
mercancía de un judío;
desde la costa agarena
á las playas españolas,
mil veces rogué á las olas
que rompiesen mi cadena.
Mas sordas á tanta pena,
desdeñando mi aflicción,
lévame contra un peñón
de Calpe ó Tarik llamado,
que es centinela avanzado
de esta dormida nación.
Allá, entre sombras, se pierde
la entrada de una bahía.
Noche en vela... rompe el día
y abordamos *La Isla Verde.*
¡No es milagro que aún recuerde
como visión imborrable,
de aquel país deleitable
el culto por la mujer,
que vive allí sin temer
la esclavitud miserable!
Ya por entonces la gente
del frontero mauritano
iba el litoral hispano
recorriendo arteramente;
y era suceso frecuente
ver sobre cima escarpada
chocar alfanje y espada
con ferocidad cruel,
ó bajel contra bajel
en la profunda ensenada.
Por azar, y á consecuencia
de un combate, que hoy bendigo,
nos derrotó el enemigo
tras de tenaz resistencia.
Llevada fuf con urgencia
entre la hueste cristiana
hasta una ciudad rayana
de la región andaluza,
donde entró un día Munuza
con su tribu musulmana.
A cierta noble sirviendo
pasé tres años allí,
más que sierva, amiga siendo.
Por ella tu lengua entiendo,
también ella el numen fuf
que hizo germinar mi fé
con una nueva semilla...
¡Y, Emeris, no es maravilla
que hoy Zara á tu lado esté!
Amiga tan singular,
alma tan tierna y piadosa
mi vocación religiosa
tarda poco en transformar.

¿Sabes por qué? ¡Por mostrar
ante mis ojos un día,
con terrible poesía,
el cuadro sublime y fiero
de aquel Dios en el madero
y al pie la Virgen María!
«¡Contéplalos un instante!»
(clama la noble matrona.)
«Este retablo pregona
y te dice lo bastante.
«El que ahí ves agonizante
da por el hombre la vida...
y esa pobre Madre, asida,
pegada á la Cruz sangrienta,
el áncora representa
de la mujer redimida.

«Por tan horrendo suplicio
su nombre el cristiano toma.
«¿Cuándo supo hacer Mahoma
semejante sacrificio?
«Su Alcoran que halaga el vicio,
que entre sus hojas encierra
la esclavitud y la guerra,
¿podrá eclipsar un momento
á quien muere en un tormento
por que se salve la tierra?»
«¡Tenéis razón! ¡Es verdad!»
*(responde alegre la esclava
mientras su mente inundaba
una viva claridad.)*

«Ve en Jesús la santidad,
la grandeza, el heroísmo,
y desde aquel punto mismo
no acierta ya á comprender
que haya en el mundo mujer
que no abraze el cristianismo.
Tal es, Emeris, la historia
que explica sencillamente
por qué en la ocasión presente
anhelo vuestra victoria.
Sabe también que, en memoria
de aquel mártir celestial,
hícele el voto formal
de consagrarle mi amor...
¡Y ese ha de ser mi Señor!
¡Ya conoces tu rival!

EMERIS. ¿Cristiana tú?

ZARA. Yo cristiana...

EMERIS. Pues si Munuza se entera...

ZARA. No le temo: de esa fiera
me juzgo ya soberana.

EMERIS. Mucho por vencer se afana
su rigor.

ZARA. Se está cansando
inútilmente.

EMERIS. ¿Hasta... cuándo?

ZARA. ¡Calla! ¿No oyes ruido?

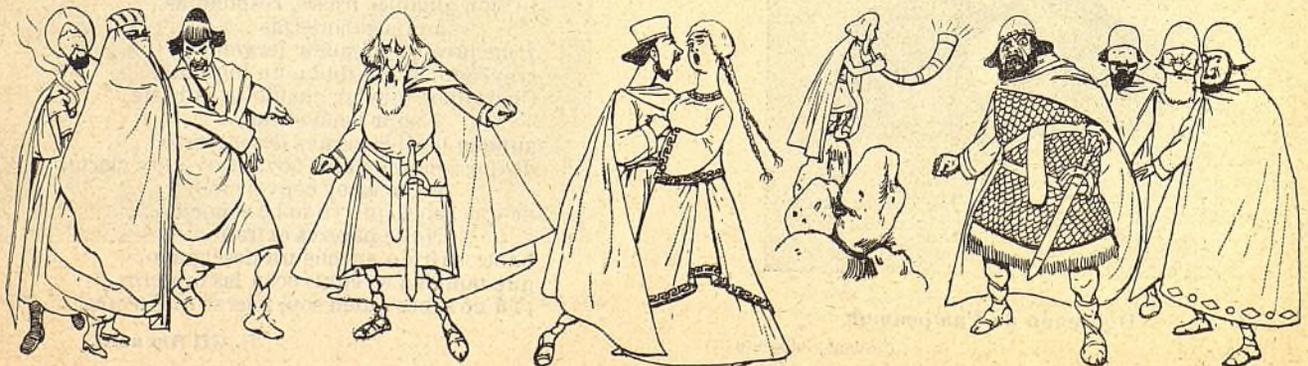
EMERIS. *(Escuchando.)* Sí.

*(Asómase Zara cautelosamente y ve á los
capitanes moros.)*

ZARA. ¡Los capitanes aquí!...

¡Huye!... ¡Ocultate volando!...

*(Quedan los dos sobrecogidos, y casi sin darse
cuenta de ello, oyen la escena que sigue.)*





ACTO TERCERO

ESCENA V

ULRICO, PELAYO, WALIA Y CABALLEROS

PELAYO *llega seguido de WALIA y caballeros por la derecha y se aproxima a ULRICO.*

PELAYO ¿Duermes, Ulrico?

ULRICO *(Levantándose)* Señor, vano ha sido todo empeño. La impaciencia y el dolor desvelan más y mejor que algunas horas de sueño.

PELAYO Yo, en cambio, descabecé la modorra, allá en mi tienda. ¡Y por cierto que soñé con una vista estupenda!

ULRICO ¿Cosa agradable?

PELAYO Sí, á fé. En sueños imaginaba recorrer la costa brava de una mar ancha y sombría, lamantando la agonía de esta pobre tierra esclava; viendo imposible hallar modo de quebrantar sus cadenas, ¡de salvarla!... pues de todo aquel vasto imperio godo quedaba una roca apenas... cuando repentinamente del cielo espléndida luz baja en copioso torrente descubriendo el horizonte varias naves y una cruz. Y oigo á la par voz hermosa de acentos puros y suaves que me dice misteriosa: «A bordo va de esas naves otra España más gloriosa. La vieja cayó rendida, deshonrada, envilecida, ahogada en su propio cieno... no la venció el sarraceno, fué por sus vicios vencida. Hoy, la nueva, en su ideal salva el abismo profundo y, con la Cruz por señal, vuela á recoger triunfal el mayor cetro del mundo.»

Dijo la voz ¡voz acaso de Dios! Y vislumbro al paso que el estandarte español, siguiendo el curso del sol, se ocultaba en el ocaso. El alerta de un vigía vino á interrumpir mi sueño.

WALIA. ¡Plegue á la Virgen María que ese cuadro tan risueño encierre una profecía!

ULRICO ¿En los confines del mar poner la suerte de España?

PELAYO Digo... lo que vi al soñar, sin que pretenda exiliar revelación tan extraña.

ULRICO Tres siglos de triunfo y gloria ostenta el godo en su historia, mas, para hundir su fortuna, le bastó á la media luna

con una sola victoria. ¿Quién de esta España tan fiera pensara derrumbo tal?

WALIA. ¡Quién la lucha ardiente viera entre la espada guerrera y el báculo episcopal! Dejando aparte el reposo que á las razas debilita, aquel mandato famoso que hizo el bautismo forzoso para el pueblo israelita; que arrojó al judío hispano á territorio africano, donde Mahoma y Moisés de los siglos á través consiguen darse la mano; donde en estrecha alianza Moisés, rico, apresta su ovo, feroz Mahoma su lanza; su sed de conquista el moro y el judío su venganza, fué de nuestra perdición motivo justificado, sin olvidar la traición, la baja y corrupción de este reino desdichado. Aquí perdió la milicia su valor, su prez el clero, la nobleza su justicia... ¡todo lo arrastró el dinero! ¡Nada escapó á la codicia! ¡Qué al árbol de más poder, cuando muestra adolecer de la raíz, de la entraña, le sucede lo que á España, al menor golpe caer!

ULRICO Para curar tal dolencia es tarde ya

PELAYO Nunca es tarde si arreglamos la conciencia, y no tenemos clemencia con el traidor y el cobarde.

WALIA. ¡Gran verdad, remedio breve y sana razón, Pelayo!

PELAYO Gracias, Walia.

WALIA. ¡Que aleve, castigo en su culpa lleve sin que sienta el juez desmayo! Eres ya duque y señor de Cantabria, y si la grey que hoy te sigue con ardor derrotara al invasor, subieras de duque a rey.

PELAYO. La victoria es lo importante, lo demás poco interesa...

¡Sobre el pavés se levante quien dé primero triunfante cima y fin á tal empresa!

ULRICO Entonces tú...

WALIA ¡El esforzado campeón de aquel malvado que hizo de España un juguete!

PELAYO ¡Qué recuerdo has evocado! ¡Don Rodrigo! ¡El Guadalete! *(Pausa.)*

¿Cuándo tales impresiones de mi alma se borrarán? ¡Yo vi chocar dos naciones, dos razas, dos religiones, y Evangelios y Alcorán! *(Transición.)* Entra la hueste africana barriendo la Andalucía; corre hacia allí la cristiana,

y avístanse una mañana, como ahora, al romper el día. Blanquean los alquiceles de muchedumbre de infieles con los primeros albores, y suenan los atambores, y relinchan los corceles. Nuestro ejército, acampado del Guadalete á la orilla, se ostenta ya preparado, mientras el río, á un costado, manso corre y claro brilla. ¡Yo fui de todo testigo! Desde el carro de marfil, manda de pronto Rodrigo atacar al enemigo con decisión varonil.

Y aquellas masas potentes, llegan á juntar sus frentes henchidas de igual fiera, y á correr la sangre empieza mora y cristiana á torrentes. Rodrigo, en ciegos avances y en arrojos temerarios provoca infinitos lances, y vóile yo á los alcances con mis fieles espartanos. Pasa el día, el ansia crece, la tarde expirante se halla... la victoria no aparece... y sólo cuando anochece se suspende la batalla.

¡Negras horas! ¡Triste anhelo! ¡Firme á su triunfo camina la media luna del suelo, mientras otra, la del cielo, diez mil muertos ilumina!... Despunta la nueva aurora, y se atacan al momento la hueste cristiana y mora, y en matanza aterrador pasa otro día sangriento. Al tercero, cuando ver se deja más bajo el sol, ya á punto de atardecer, comienza á retroceder el ejército español.

Y avanzando el musulmán, lleno de bélico afán, semejante por su brío á irresistible huracán, nos va empujando hacia el río. Y en él se arroja al instante sobre caballo ligero, aquel monarca arrogante, por no quedar prisionero del enemigo triunfante. Y en el agua enrojecida, víctima de la traición perdió el monarca la vida...

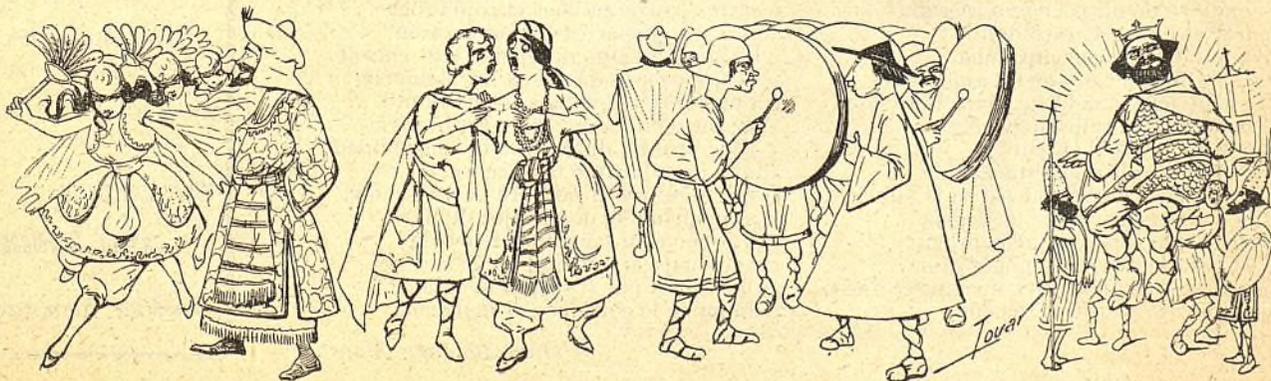
¡Y allí también su nación quedó aplastada y vencida! ¡Walia! ¡Ulrico!... ¿Quién á extraña servidumbre se somete? Bajemos de la montaña á reconquistar la España y á vengar el Guadalete.

WALIA. Te seguiremos ufanos.

ULRICO ¡Por la patria la existencia!...

PELAYO Se oyen rumores cercanos...

¡Permita la Providencia que sean los africanos!



NOTAS DEL CARNAVAL

Cuando se entibian los rayos del sol, y besa á la tierra el ardiente hálito, nuncio de la mágica estación de las flores y de las alegrías, y desentumecida comienza la Naturaleza á mostrar su poderío eternal..., entonces viene Momo, el dios-zuelo decrepito, acompañado de sus amigos constantes, á saber: la Locura, la subyugadora Locura; Polichinela, el viejo Polichinela; Colombina, la enamorada Colombina, y Pierrot, el blanco Pierrot... Y entonces, en el aire incensado por las primeras corolas, resuenan los ecos del canto del placer, esos rumores de carcajadas, de chasquidos de besos y repiqueteos de castañuelas, que vibran inextinguibles durante las contadas horas del descoco, de la fiesta lujuriosa, ¡del Carnaval!

* *

Bajo un cielo diáfano, bulle vario gentío que se estruja, se pisotea, se atropella... Los viejos y los jóvenes, las mozas del pueblo y las embelesantes señoritas, los marimachos que ostentan ceñidas sus turgencias por ropas de hombres y los jayanes disfrazados con camisas de mujeres, los chicuelos vestidos de payasos y los grandullos vestidos de *bebés*, los que llevan trajes de seda y los que lo llevan de percalina, el eterno *tío del higuá* y el inevitable «oso»... de felpudos, todos, todos hormigúean alegres, borrachos de gozo, prodigándose bromas repetidas.

Del compacto grupo salen voces roncadas, voces agudas, risoteos grandes, cánticos desaforados... Allá, suenan las músicas chillonas de las comparsas y el rodar de los carruajes; aquí, aturden las estridentes notas de la corneta que una máscara sopla con fuerza. Varios estudiantillos, llameándoles en los ojos intenso júbilo, echan *confetti* á dos bellas, los policromos papilitos, al revolotear en el espacio, forman nubecillas de púrpura, de añil, de oro...

Desde un balcón, en cuyos hierros hay enmarañadas múltiples serpentinadas, arrojan una de éstas. Un *golfo* sigue con atenta mirada los culebros de la cinta, atrapa luego una de las puntas, tira, y, rota, ondulando cae sobre las guijas del suelo.

* *

Ceñida la cabeza por un pañolillo, terciada en el hombro la vistosa manta, prisionera la cintura entre los pliegues de la faja, muy justo el calzón de pana y en los pies las blancas alpargatas, los mozos de una rondalla, enardecidos, cantan la viril jota aragonesa:

*Si tuviera una naranja
contigo la partiría;
pero como no la tengo,
allá va la despedía.*

Se aleja la rondalla. En las retinas me deja rutilantes coloraciones: las coloraciones de sus mantas, de sus fajas, de las moñas de sus guitarreros... En la mente déjame remembranzas felices y ansias supremas en el alma: las remembranzas de nuestra potencialidad perdida, las ansias de nuestra renovación...

* *

Las masas oscuras de los edificios se recortan sobre el rojo brochazo del crepúsculo. El disco de un reloj brilla en las sombras como las irridadas pupilas de un felino.

Avanza la noche.

La razón se enseñoorea un momento de las cabezas. El placer tiene una tregua, corta en verdad, pues redivive cuando las músicas, con el clamoreo de sus pitos, invitan á formar en la manada lujuriosa que rugen en los salones de baile.

Las incandescentes lamparillas eléctricas llenan de claridades las salas de los teatros; incendian las cabelleras, teñidas de rubio, de las gozadoras; arrancan centelleos á las gemas; bañan las sedas, los terciopelos, las desnudeces, los fraques, las caretas... de los machos y de las hembras que, ebrios de vino y ebrías de regocijo, bailan, abrazados, al compás de una melodía voluptuosa, dulce, lán-guida.

* *

Ayer, como hoy, apenas concluye el poderío de Momo, las tocas sustituyen á las caretas; á la orgía, la oración; á las disipaciones, el...? arrepentimiento?..
¡¡Recemos, recemos!!

Julio Pellicerf.



Pandereta carnavalesca
pintada por Verger.

MARTIRIO ETERNO

Cuando ya de mi pecho yo lograba arrancar el puñal de otro dolor, nueva nube de penas empañaba el claro y limpio cielo de mi amor.

¿Te acuerdas cuando fuimos á la fuente y al bajar por tu calle silenciosa, veíamos rayar en el Oriente la luna, que se alzó majestuosa?

¿Te acuerdas cuando abajo en la Glorieta estalló en nuestras almas la alegría al embriagarnos la quietud completa que en toda la extensión nos sonreía?

¿Te acuerdas, bella huri, de aquella noche en que absorto te dije mi pasión,

y entreabrió de tu boca el rojo broche tierno «sí» que arrobóme el corazón?

De aquel tiempo de dichas y de encanto sólo el recuerdo queda en mi memoria; y á mis ojos se agolpa amargo llanto al trazar de mi amor la nueva historia.

¡Qué pronto, dulce prenda, has olvidado al que iluso te amó con frenesí; al que siempre tu nombre ha venerado; al que oprime el dolor lejos de tí!

Al que ve su esperanza fenecida y gime bajo el peso del delirio; al que diera por tí su pobre vida, ¡aunque tú le condenas al martirio!

Cristián Sánchez Moreno.

PEDRO DOMEQ

(Casa fundada en 1780.)

Vinos selectos de Jerez.

Vino espumoso

estilo Champagne.

COÑAC DOMEQ

La boda Real.

Esta empresa ha puesto á la venta cuatro ediciones de este gran suceso.

Contiene 36 páginas tiradas en papel *couche*, en colores, con los retratos hechos especialmente para esta Revista de toda la Real Familia, Gobierno, Capitanes generales, Prelados, Autoridades, testigos, damas y gentilhombres de Palacio.

Hermosos grabados de la *Boda en la Capilla Real*, salida de los Príncipes en el coche de gala, recepción en el Salón del Trono, bajada de la escalera de Palacio y vistas del Real Alcázar.

El interés palpitante de este album y la riqueza de su confección harán sea adquirido con preferencia especial.

Primera edición, *gran lujo*, encuadernada en piel con oro, puntas rectangulares, cada album 40 pesetas.

Segunda edición de *lujo*, encuadernada en tela *rusa* con oro, puntas rectangulares, á 15 pesetas.

Tercera edición *popular de arte*, encuadernada en rica cubierta con oro, puntas redondas, á 1,25 pesetas ejemplar.

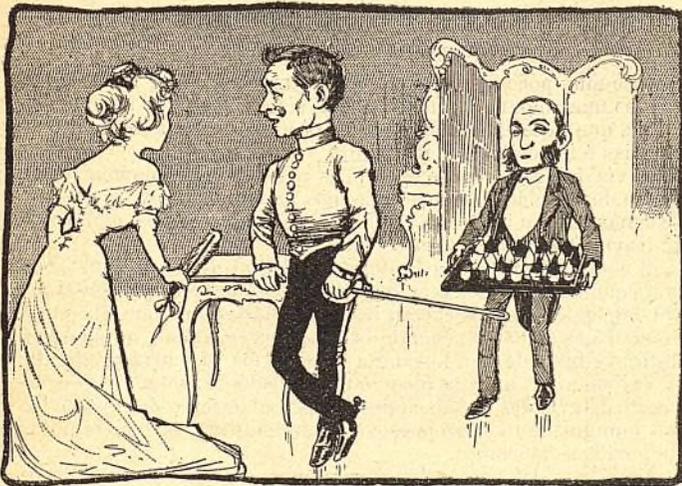
Cuarta edición *popular económica*, con sólo cuatro planas, á 10 céntimos ejemplar.

El éxito alcanzado con este número ha superado á nuestros cálculos; agotada la primera, segunda y tercera edición á las pocas horas de ponerse en venta, hemos empezado otra nueva de la tercera edición al precio de 1,50 peseta.

Del Extraordinario económico que de la boda Real publicamos el viernes pasado se agotaron en dos días en Madrid cuantas ediciones estampábamos, y por esta causa nos ha sido imposible mandar ejemplares á provincias hasta el domingo y lunes.

Advertimos á nuestros corresponsales que ya no podemos servirles ejemplares de este Extraordinario de 10 céntimos, porque por el exceso de tirada de las ediciones hechas los grabados se han roto, y el rehacerlos exigiría demasiado tiempo.

Imprudencia temeraria, por Tur.



LAS CANDELAS

Brillaba el sol con todo su esplendor desde un cielo de azul purísimo, no interrumpido por la más ligera nube. Era uno de esos hermosos días de invierno, tanto más hermosos cuanto más se los desea. Los campos, cubiertos ya de fina hierba cuajada de rocío, semejabán inmensos mares de esmeralda salpicados de infinidad de diamantes que centelleaban heridos por los rayos del sol. Los pájaros buscaban en los árboles los claros de su escaso ramaje, picoteando los tiernos brotes y sacudiendo perezosamente al sol sus cuerpitos enardecidos por el frío. Todo parecía preludiar la próxima aparición de la primavera, el despertar de la Naturaleza dormida.

Las campanas de la iglesia de la vecina aldea repicaban alegremente, y sus moradores se dirigían presurosos á oír la misa mayor y á asistir á la tradicional procesión de la vela, engalanados con sus mejores trajes de fiesta. Pero á pesar de que todo parecía predisponer á la alegría; sin embargo de celebrarse la fiesta de la Purificación de la Virgen, la poética fiesta de las Candelas, en el pueblo no había regocijo; las madres y las novias estaban de duelo y sólo un grupo de mozos, que recorría las calles cantando desde el día anterior, aparentaba estar alegre; mas sus voces, cansadas de toda la noche y roncas por el aguardiente, aumentaban la tristeza general, y más de una hermosa muchacha sintió al escucharlas que se le llenaban los ojos de lágrimas. Eran los quintos que habían de sortearse después de misa y que esperaban el número cantando como buenos españoles. Por eso suspiraban las novias, por eso lloraban las madres, por eso los padres, que como hombres no les estaba permitido llorar, estaban tristes y meditabundos.

Concluía la función religiosa, todo el mundo se reunió en la plaza para presenciar el sorteo. Entre la multitud, y confundido con los demás, había un joven esperando su número, pálido, de ojos negros, de correctas facciones y de aspecto simpático y triste.

Unas veces dirigía su melancólica mirada á los que le rodeaban y otras al cielo como buscando una cosa. Era huérfano; su padre había muerto en presidio, y su madre, una santa mujer, murió de sentimiento y de vergüenza cuando apenas contaba él cinco años de edad. No tenía familia ni amigos, pues aunque varias veces había dado pruebas de tener un excelente corazón, nadie quería amistad con el hijo del presidiario, como le llamaban en el pueblo. Se había criado, pues, sin experimentar los goces que proporciona la familia y la amistad y sin tener ahora la esperanza de disfrutar los que proporciona el amor. Su corazón sensible necesitaba expansión, necesitaba comunicar con otro corazón el inmenso cariño que atesoraba, pero la sociedad injusta le despreciaba y aborrecía, haciéndole pagar un crimen que no había cometido.

Salió su número, que escuchó con indiferencia aunque era el más alto, el exento, el deseado de todos: el muchacho que sacaba las boletas cantó el número uno y seguidamente el otro niño leyó el nombre correspondiente. El número fatal le tocó al hijo de un pobre jornalero, que aunque no tenía la edad reglamentaria, apenas si podía ya trabajar, no contando con más recursos que su hijo para mantenerse con su familia, compuesta de su mujer y dos hijas. La madre se desmayó, las hermanas y el padre no dejaban de llorar formando un cuadro tristísimo y conmovedor. El hijo del presidiario se acercó al grupo y dijo al pobre jornalero:

—No hay que apurarse, tío Roque, yo cambio mi número por el de su hijo.

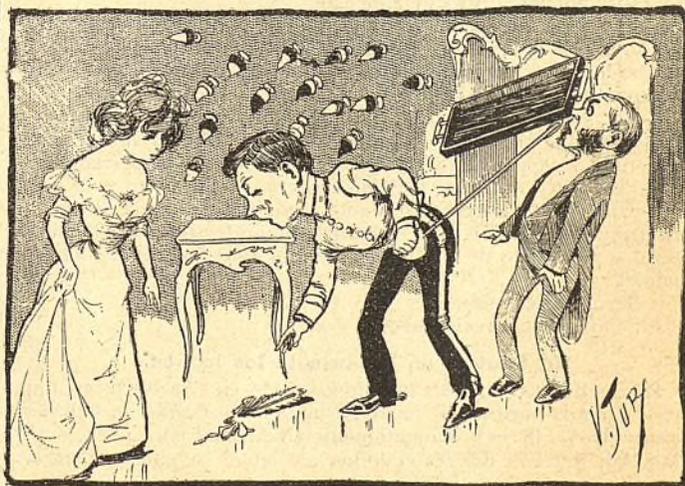
El tío Roque abrió desmesuradamente los ojos y los fijó como espantado en Juan, diciéndole:

—Pero si nosotros no tenemos nada y no podemos darte nada.

—Pueden ustedes darme mucho—añadió Juan mirando ansiosamente á Roque y su familia;—un poco de amistad, un poco de aprecio.

Fernando Pacheco Zello.

Imprudencia temeraria, por Tur.



Malagueñas.

El caudal de mi querer
tú no puedes apreciar,
que te falta corazón
y te falta voluntad.

Pídeme que escale el cielo,
pídeme que el mar detenga,
pero no me pidas nunca
que te olvide y no te quiera.

Me has señalado un sendero
y ya ves cómo lo sigo;
pero voy dejando el alma
en las zarzas del camino.

¡Olé los cuerpos bonitos
y las caritas de gloria!

¡Qué se pongan colgaduras
y repiquen las parroquias!

Echa, compadre, otra copa
del vinillo de la tierra;
¡quiero ver si me emborracho
para no pensar en ella!

Eres una esaboría
que no sabes distinguir
las fatiguillas de muerte
que estoy pasando por ti.

La mare que te parió
debe valer un Perú;
¡bueno ha de ser el rosal
que da rosas como tú!

Narciso Díaz de Escovar.



—¿Cómo es ésto, Joaquina? ¡Un guardia de Orden público en la cocina y... comiendo!
—Señora, cuñplo mis deberes de ciudadano, tratando de mantener el orden á toda costa.

DEL ÁRTICO AL ANTÁRTICO

La tracción eléctrica en las grandes líneas del camino de hierro de América.

Los primeros ensayos de tracción en los Estados Unidos, se remontan á 1895.

En la actualidad son tres las compañías que se sirven de ferrocarriles eléctricos por medio del *trolley* aéreo.

La «New York-New Haven and Hartford-Railway», en la línea de la Bahía de Nantasket, 80 kilómetros.

La «Pennsylvania Rail road» (doble vía) de Bordetown, Mount Holly, 13 kilómetros.

Y la de «Baltimore and Ohio» de circunvalación y vía subterránea en la ciudad de Baltimore, 6.500 metros.

Estas tres compañías emplean indistintamente trenes arrastrados por máquinas especiales, ó en lugar de la máquina especial los coches son remolcados por otro automotriz y por lo tanto habilitado también para transportar viajeros.

Los carruajes siguen todos el modelo de los grandes vagones americanos, con banquetas transversales, corredor central y gabinete de *toilette*.

En verano los coches son abiertos, pero entonces no se les permite más velocidad que la de 32 kilómetros por hora.

Una anécdota.

Mr. Ritt, co-director de la Opera francesa, muerto no hace muchos años, que era célebre por sus frases ingeniosas y su sal ática, en cierta ocasión mandó retirar una butaca de favor que desde hacia muchos años se enviaba á una señora, sin otra razón para ello que el ser viuda de un alto personaje.

La señora, furiosa por tal determinación, quiso vengarse, y en una *soirée*, en donde se hallaba también Mr. Ritt, dijo fingiendo no haber notado la presencia de éste:

—¿Qué idea tan descabellada ha tenido el ministro para haber puesto al frente de la Opera un septuagenario decrepito é insolente, que ha tenido la grosería de cometer conmigo una acción imperlinente?

—¡Ay, señora!—replicó Mr. Ritt, que conoció el afán de la viuda por hacerse pasar por joven—según veo, esta es la segunda vez en mi vida que he tenido la desgracia de seros desagradable.

—¡Ah! Usted dispense, pero no recuerdo la primera.

—¡Oh! Sí; debéis recordar, señora, que la ceremonia de vuestra primera comunión, en San Felipe, fué interrumpida por los vagidos y el llanto de un recién nacido que habían llevado á bautizar.

—Pero... no comprendo.

—Señora, aquél recién nacido era yo.

Un bautizo en la jaula de los leones.

Esta extraña ceremonia ha tenido efecto en Capetown, capital de la Colonia inglesa del Cabo. La jaula de las fieras se hallaba adornada con flores y brillantemente alumbrada por la electricidad. A la derecha del grupo de los asistentes se encontraban el

domador, padre del recién nacido, y su ayudante, que vigilaban atentamente á los dos leones, los cuales, por su parte, parecían asombrados por lo anormal de la ceremonia que presenciaban. La madre, esposa del domador, la nodriza y una amiga sentadas en el centro, y á su izquierda el Pastor evangélico teniendo al *bebé* en los brazos, y detrás el padrino y un gigantesco africano llamado Leo. La jaula estaba colocada en el centro de la pista del circo, cuyas localidades se hallaban ocupadas completamente, y multitud de curiosos que no habían podido hallar entradas esperaban en las inmediaciones del circo para ver salir la comitiva.

La ceremonia se efectuó sin el menor incidente.

Está visto; no hay quien iguale á los sajones en aprovechar los medios del reclamo; ¡hasta de un simple bautizo saben sacar partido! pues ni que decir tiene que la concurrencia que presenció la ceremonia no se componía de *invitados* sino de *espectadores* que habían pagado bien caras sus localidades.

Nuevas montañas rusas.

Hace muy pocos meses que se han introducido en los Estados Unidos unas montañas rusas de un sistema nuevo, atrevido y audaz, que hace experimentar á los *viajeros* sensaciones extraordinarias é imposibles de describir.

La vía de estas nuevas montañas rusas no se compone solamente de ondulaciones más ó menos violentas como las de los sistemas empleados hasta el día, sino que en algunos puntos de su trayecto son enteramente verticales.

El punto de partida está situado á 12^m 50 de elevación, y por una pendiente de un tercio de ángulo recto descendiendo hasta el nivel del suelo; después entran las vagonetas en una argolla cuyo diámetro es de 8^m 45; cuando los viajeros se hallan, aunque por un breve instante, con la cabeza abajo y los pies arriba; al salir la vagoneta del argolla recorre un trayecto de 400 metros, compuesto de grandes ondulaciones, y llega al término del viaje á los dos minutos de haberse puesto en marcha; pero son dos minutos de terribles emociones.

Además de las precauciones adoptadas en este género de locomoción, la vagoneta queda en el nuevo sistema, y por un procedimiento especial, unida á la vía, que en el trayecto de la argolla es giratoria, para que en el caso de un accidente imprevisto no se desprenda y estrelle contra el suelo, y los *viajeros*, por su parte, van también sujetos ó aprisionados en sus respectivos asientos.

No obstante, creemos que solamente la conmoción que sufrirían en caso de una parada en seco tendría fatales consecuencias; pero este y otros muchos peligros á que se exponen los que se dedican á este *sport*, no son bastante para retraer al público, pues por término medio se calculan en 4.000 viajeros los que diariamente acuden á *Revere-Beach*, en donde se encuentra instalada la nueva montaña rusa, y se ha dado el caso de que en sólo día han concurrido nada menos que 11.800 personas, ávidas de experimentar terribles emociones.

El turista Lazram.

Tipografía Moderna.—Espíritu Santo, 18.—Madrid.

—Tiene usted trazas de señorita; deje usted el trabajo para las verdaderas obreras.

Semejante respuesta es digna de reflexión y estudio, porque, ó no quiere decir nada, ó significa mucho.

Analicémosla.

¿Es acaso que una señora ó señorita, hija de un militar enfermo, de un abogado sin recursos, de un comerciante arruinado, no puede emplear las habilidades que aprendió en días mejores, buscando en el trabajo la ayuda, cuando no el sostén de su casa y de los suyos?

¿Será acaso que por bajo de la que podremos titular *obrero general* exista la *obrero señorita*—de algún modo hemos de llamarla,—y que á ésta se la considere con menos títulos que á aquélla?

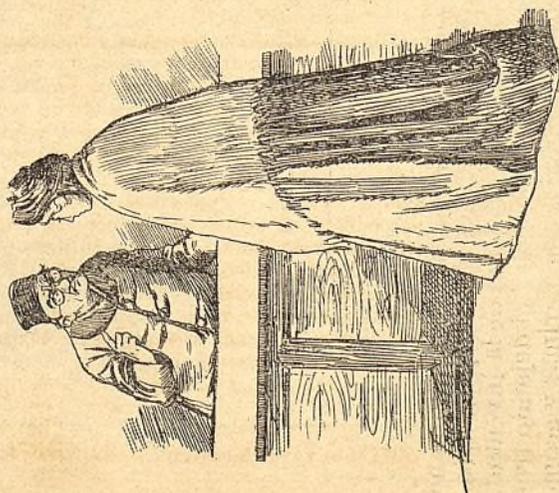
Es usted muy bonita y en mi casa no hay trabajo para niñas tan hermosas.

tas ó en categorías, colocando en la última á la mujer que ha recibido cierta educación?

Lo ocurrido á Felisa trajo á nuestra memoria lo sucedido á Martín el expósito, de la magnífica obra de Soulié, á quien rechazaron y golpearon los cargadores del muelle en París, por el grave delito de querer llevar un baúl y ganar para comer, después de dos días pasados sin alimentarse, acusándole de no ser obrero como ellos... ¡Como si contra la miseria y el trabajo no fuéramos todos iguales!

Mediten los comerciantes y mediten los obreros sobre esta importante cuestión, y no abran nuevos y peligrosos abismos en la resolución del problema social.

Si la mujer nacida obrera, por haber salido de una familia mise-



ra, es digna de toda clase de consideraciones, no lo es menos la mujer que, nacida de una familia rica, educada con esmero y que ha vivido entre comodidades y regalo, olvidando que ha pasado una buena parte de su existencia entre el fausto y el lujo, entra valientemente en la vida del trabajo para ganar el pan á sus ancianos padres, á su esposo enfermo ó á sus tiernos hijos, descendiendo tranquila de su pasada alcurnia, sobrellevando con ánimo sereno los cambios de la fortuna, ocultando sus dolores, ahogando sus recuerdos para no pensar sino en la salvación de aquellos seres queridos, de aquellos pedazos de su alma.

Sigamos narrando.

Pasaban los días y la pobre Felisa no encontraba trabajo.

Sus gastos, aun siendo tan reducidos, una taza de leche, unas sopas, iban concluyendo con su reducido capital.

Trató de empeñar el mantón; pero estábamos en Noviembre, el frío era intensísimo, y luego, si se desprendía de él, no tendría con qué salir en busca de ese trabajo que tan obstinadamente le negaba la suerte, ni en la cama abrigo alguno, ya que el mantón era el único con que contaba.

¡Pobre flor de la hermosa Andalucía, trasplantada de un clima tan cálido como el de Sevilla á uno tan frío y desigual como el de Madrid!

¡Qué largas eran para Felisa las noches sin lumbre, que no podía comprar, sin luz que no podía sostener, ansiando que llegara la luz del nuevo día.

¿Y para qué?

Para volver á recorrer el camino de la amargura.

La hija del General Maldonado, Condesa de la Luz, Grande de España de primera clase, hermosa entre las más hermosas, reducida á las cuatro paredes de una miserable buhardilla, sola teniendo madre, sin pan que llevarse á la boca poseyendo inmensas riquezas.

Y todo, ¿por quién?

Doloroso era el recordarlo.

Por su madre.

La pena oprimía su pecho, las lágrimas acudían á sus ojos, el dolor torturaba su alma.

Y, sin embargo, de sus labios no salía un reproche contra Condesa.

Quedándose á su lado habría tenido pan, pero habría carecido de amor y se habría expuesto á la deshonra.

Bien pasados estaban sus sufrimientos, ya que con ellos había dado tranquilidad á su madre, cada día más celosa, y sólo rogaba al cielo que la hiciera feliz.

Y Felisa, después de estas reflexiones y filosofías tan impropias de sus días y sus años, tornaba en busca de trabajo con el mayor empeño,

Pero ¡ay! que al par de sus recursos se iban sus fuerzas agotando, que, no acostumbrada á andar, tenía los pies hinchados, y las piernas se negaban á sostenerla.

Ante su ojos pasaban como extrañas visiones la figura del comerciante que tan indignas proposiciones le había hecho, de los galanteadores que diariamente le salían al paso, en sus interminables peregrinaciones por las calles de día y de noche, ofreciéndole dinero...

¡Y era preciso vivir!

¡Sí, pero vivir honrada!

¡No había huído de un peligro en Sevilla, cuando ante sus plantas se abría otro mayor!

Llevaba muchas horas sin comer, y el hambre no tiene espera y no se la acalla y satisface con palabras de honor ni con sabios consejos, ni con elevadas virtudes.

¡Hambre y frío á la vez!

Llegó un momento en que sentada en su única silla probó á levantarse y no pudo.

¿Qué iba á ser de ella, sola, sin recursos?

El hospital.

Por un esfuerzo soberano de su voluntad alzóse de la silla y se lanzó á la calle.

La suerte quiso protegerla y aquel día encontró trabajo.

¡Ya era tiempo!

En un comercio de la calle de Toledo, en que se vendía ropa de hombre barata, le dieron á coser pantalones pagados á real y medio.

Como Felisa no tenía máquina, sólo podía hacer tres pares al día, trabajando horas y horas sin descansar, y sin embargo, bendijo al cielo y oró á la Virgen por haber logrado hallar trabajo y entrar en la vida de la obrera.



VIII

En busca de trabajo

El siguiente día comenzó Felisa á subir su calvario, que no de otro modo puede calificarse la busca de trabajo en la capital de España, con esa valerosa confianza de la juventud; tarea pesada, tarea ingrata, tarea cruel, en la cual fué dejando trozos de pudor y jirones de vergüenza mojados con lágrimas y acompanyados de suspiros.

En todas las tiendas en que entraba le respondían, sin casi mirarla, que no tenían trabajo.

En algunas, pocas, que dejara sus señas, que ya la avisarían.

Pero en una su desdicha aumentó ante lo inesperado del suceso, que fielmente vamos á relatar:

—Caballero—dijo al entrar al que parecía el dueño,—¿tendría usted trabajo que darne; vestidos, camisas, bordados, lo que usted quiera?

El comerciante, después de mirarla con la mayor insolencia, le contestó:

—Es usted muy bonita, y en mi casa no hay trabajo para niñas tan hermosas.

Esta respuesta, completamente verídica, la recibió luego en otra tienda, con la agravante de haberla llamado el dueño aparte y haberle hecho ciertas proposiciones infamantes.

En otro comercio le dijo el principal:

CARNAVAL DE «INSTANTANEAS»



Traje *Estilo Imperio* para baile. (Modelo de M. Thirion.)

TRAJE IMPERIO

En raso brochado y gran volante de gasa, así como la banda-cinturón y los bullones de las mangas.

En la espalda gran pliege Watteau haciendo gran cola, y delante dos grandes bandas que, prendidas en el pecho, caen flotantes hasta el borde de la falda, terminadas por una nube de gasa.

Sombrero de terciopelo con grupo de plumas y bridas de gasa con gran lazada bajo la barbilla. Guantes hasta el hombro. Zapatos bajos de raso.

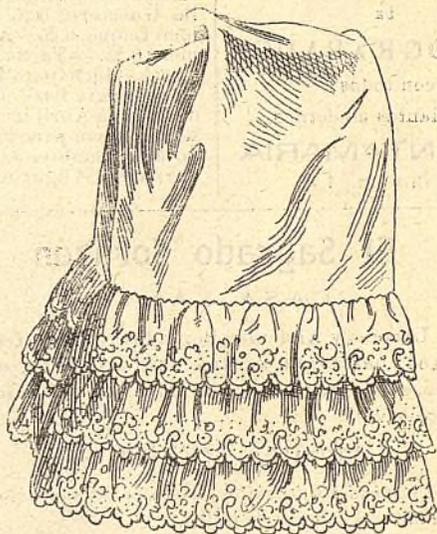
ELEGANTE ABRIGO DE PASEO

En forma de redingote medio largo, color claro, ajustado en la espalda y recto delante, cruzado y abrochado por botones de fantasía. Un doble cuello y un cuello Aiglon; bolsillos en cada costado, mangas con grandes vueltas y pespunteado todo alrededor, es todo cuanto forma tan lucido abrigo. Se adorna con una rica corbata de encaje en forma de cascada, que cae sobre el pecho.

La Condesa Agatha.



Elegante abrigo de paseo.



Falda interior, de seda.

SANTORAL 8.^a semana. FEBRERO

Lunes 18.—Stos. Simeón y Eladio, arz., y S. Claudio, mrs.

Martes 19.—San Gobino, mr., y S. Alvaro de Córdoba, confesor.

Miércoles 20.—Santos León y Eleuterio y Nemesio, obispos.

Jueves 21.—Santos Félix y Maximiano, obisp. y confs.

Viernes 22.—San Pascasio, obispo.

Sábado 23.—Santa Marta, vir., y Sta. Margarita de Cortona.

Domingo 24.—San Matías, ap., S. Modesto, ob., y S. Sergio, mártir.

ENTRETENIMIENTOS

JEROGLIFICO, POR GUILLERMO GÓMEZ.

Cupido	:	TV	verdad	NOBRE.
	:			15
				Sábado.
Siu	16	%	Ni Pi Kr	DBRE.
				8
				Lunes.

LA CENIZA EN LA FRENTE

Todos los días vas á arrepentirte al mismo templo donde suelo hallarte, ofendiendo á ese Dios que ha de juzgarte y que murió en la cruz por redimirte. Allí vas á diario á reunirte con un extraño que tu amor comparte, y un solo día vas á avergonzarte de ese pecado que llegó á aturdirte. Pierdes el tiempo lastimosamente si no has de ser en tu piedad constante, y... sabes, Julia, positivamente, que dura tu pureza un solo instante. La ceniza que pones en tu frente te la quitan los labios de tu amante.

Felipe Pérez Gago.

LA CUADRATURA DEL CÍRCULO

Juan, que es burro de verdad, trabaja con seriedad buscando esa cuadratura; pero á mí se me figura que se queda en la mitad.

José Rodao.

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

Al jeroglífico:

DESPRECIO

A la charada:

MAR-GA-RI-TA

ANUNCIOS RECOMENDADOS

Gran Taller
DE
FOTOGRAFADO
con todos
los adelantos modernos.
P. SANTAMARIA
1, CLAVEL, 1

ALBUMS miniaturas instantáneas de bailarinas: La bella Guerrero, 0,25 ptas.—Carmen Luque, 0,25.—Amparo Gómez, 0,25.—Tapas para 1898, 3 ptas.—Idem para 1889, 3 ptas.—Idem para 1900, cuatro meses de Enero á Abril inclusive, 3 pesetas.—Idem para 1900, de Mayo á Diciembre, 3,00.—Album Carnaval, 58 figurines, 50 céntos.

ALMANAQUE DE INSTANTÁNEAS

Album del año 1901.

La patria de Cervantes

POR LOS ESCRITORES MÁS EMINENTES
52 páginas en papel Couché, 1 peseta en España.

El Sagrado Corazón

CASA SALVI

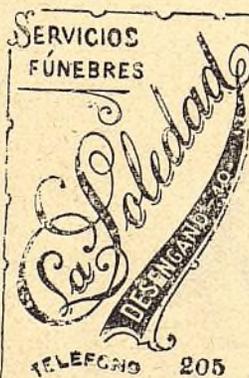
Dibujos, Labores y Artículos Bordados para teatros, bailes, estandartes, banderas, cintas para carreras, uniformes, objetos de sala, gabinete, dormitorio, comedor, despacho, colegios, etc.

LABORES RELIGIOSAS

Artículos para ternos, casullas, cortinas de sagrario, paños de altar, estandartes y labores de culto.

Los géneros son todos de primera clase. Especialidad en oro, sedas, hilos y algodones.

Clavel, número 1, entresuelo, Madrid, CASA SALVI



LICOR DEL POLO DE ORIVE

Este dentífrico higiénico es el único que combate las caries; sus condiciones antisépticas son asombrosas.

La venta de 20.000 frascos por mes en Madrid solo, demuestra la supremacía del Licor del Polo de Orive sobre todos los dentífricos extranjeros. No tiene sacarina, sal ni ácido salicílico, que son tan perjudiciales al esmalte, y contiene un dentífrico alemán.

LA ELEGANCIA

Semanario de modas, para señoras y señoritas, el más útil y práctico.
3 meses, 3,50 ptas.—6 meses, 7 pesetas.

Se suscribe en nuestras oficinas:
CLAVEL, 1, MADRID

La Bordadora

ARTISTICA

Album de labores y abecedarios

Un número mensual
de 16 páginas.

Cada album 2,50 pesetas.

TRES MESES, 7 ptas.

Oficinas, Clavel, 1, MADRID

INSTANTÁNEAS es un semanario elegante y de forma nueva, tirado en papel especial.

INSTANTÁNEAS tiene 16 páginas de texto, ilustraciones y fotografías.

INSTANTÁNEAS es un semanario de actualidad de literatura clásica, humorística y artística.

INSTANTÁNEAS publica 8 páginas de novela encuadernable.

INSTANTÁNEAS contiene páginas de *La risa* y de caricaturas.

INSTANTÁNEAS abrirá concursos originales con premios.

INSTANTÁNEAS, á pesar de la gran cantidad de elementos que contiene, sólo cuesta 20 céntimos en toda España.—30 céntimos en el extranjero.—40 reis en Portugal.—1 peseta un mes en España, y 200 reis en Portugal.

Oficinas: Clavel, 1, Madrid.

PARODIAS

CON

CARICATURAS

de las obras teatrales

que más éxito obtienen

La Golfemia, 25 céntos.

Maria de los Angeles, 25 céntimos.

La balada de la luz, 25 céntimos.

De venta en nuestras oficinas y en las principales librerías de España.